

Ricardo A. Latcham

HISTORIA DEL JESUITA, DE GABY Y EL MILLONARIO

ENTRE la fatiga del tiempo se yergue grávido el maestro, pleno del obscuro sentido de Loyola. El Padre Edgardo Nonell, de Tarazona, abrupta en su cintura de colinas. Aragón clavó la garra en su pasta dura; la cara de aguilucho místico; la espalda curvada por íntimos dramas teológicos; el mentón pétreo, como corozo montañero; los hábitos, amplios, con faldamenta de mochuelo. El Padre Edgardo había confesado a Tía Mercedes por ocho años y arrancó de su seno al niño, temeroso de infiltraciones protestantes. La casa de Tía rutilaba de novenarios, de aromas místicos, de incienso y la naranja quemada para los mates que suceden al rosario isócrono. Mi adolescencia estuvo veteada de sacristía. Venían los niños ricos de la vecindad, arcángeles rubios de broma, vestidos de monaguillos, para procesiones improvisadas.

En los rincones levantábanse altares minúsculos con imágenes de Fray Andresito, del Padre Claret y de Nuestra Señora del Rosario.

El Padre Nonell rengueaba, con su breviario sudado y sus recuerdos aragoneses. Ese nombre sugerente—Tarazona—estaba siempre encandilado en su memoria. Soñábamos una villa alta, diademada de muros,

con huellas de invasión napoleónica. Se nos hablaba de un obispo rugoso, de un seminario estricto, de una disciplina que no teníamos.

Los primeros años del Instituto San Luis no infundieron en mí nada de misticismo. Los actos religiosos sucedíanse con rutina frailería, sin estampar huellas de incendio ni poner fulgores de divinidad.

El Padre Nonell me arranca de esos curas laxos, olorosos a mundanismo, con misas alegres donde floripondeaban las serenatas italianas y una capillita blanchucha, como alcoba, que verificaba el matrimonio de los ex-alumnos notorios. No olvido aún el día en que un antiguo profesor, más tarde ministro de justicia, casó en esa iglesuca, tiesa de rango, con angelillos perfectos y un San Luis Gonzaga que simboliza castidad marmórea para uso de colegiales.

Los jesuítas significaban otra latitud. El Colegio del Salvador erguía aleros de piedra, sombras sobrenaturales, misas tempraneras, rezos continuos y un régimen severísimo. El gran sueño blanco se turbaba por el resbaladizo espiar del Hermano Inspector. El Hermano Inspector tenía un solo ojo vigilante, que se erizaba, sobresaltando nuestro descanso. La campanita madruguera recordaba a los Luises para la comunión rutinaria.

¡Qué sugestión tenía, no obstante, ese gran colegio sombroso, con sus corredores anchos y su academia barroca! Asistíamos medrosos a los actos escolares que congregaban a un lucido grupo de bizarros contendores. Joaquín Bernales resplandecía de metafísica, bajo su traje Luis XV. El Gordo Unzurrunzaga, hijo de millonarios vascos, hacía olvidar a los prestamistas con fervores de un catolicismo improvisado. Su madre gallardeaba en un «Rolls Royce» y las hermanas tejían con sus manos gozosas de perfección unas casullas para deleite de capellanes mórbidos.

Vivo aún estos recuerdos, nostálgicos y alargados,

que suelen hervir en la memoria y pintar de fiebre las noches. El Colegio del Salvador fué desmochando las alegrías de mi niñez. Pulió las aristas de la libre paganía de tres jocundos años. Había diferencia insondable entre esa religión alegre, con altarcillos, colaciones y soconusco y la nueva fe de los Padres de Aragón y de Cataluña.

Entre los jesuítas no se toleraba al individuo. Poco a poco la podadera nos iba abecerrando. La Congregación, con sus misas, rezos y comuniones mecánicas, arrancaba el fervor y la emoción religiosa. La rutina era mayor cada vez. Perdura, sin embargo, un recuerdo alegre en la evocación del Padre Fernando. El Padre Fernando sentía la existencia de distinto modo. En largas meditaciones y lecturas continuas palpitaba otra alma, un sentido diverso de la educación infantil. Amaba a los obreros, se desvivía por los asuntos sociológicos y trasnochaba enseñando a los artesanos del Instituto Nocturno de los Padres.

¡Los Padres! Bastaba este nombre seco, cual un martillazo de la retórica antigua, para significar que eran ellos. Corteses, melados, finos, nunca me ganaron del todo. La confianza, la humanidad, la simpatía desaparecían por detrás de un muro elevado que ocultó siempre la parte emocional de estos religiosos severos consigo mismos y con los alumnos.

El Colegio del Salvador se transformaba en los días finales. Había concursos de ingenio. Afilábamos las ideas como puñales para riñas banalísimas. Los niños se amontonaban en torneos de destreza, en que se discutía la libertad cristiana, conciliable con la opresión a los adversarios que no buscasen el reino de Dios. El liberalismo, la democracia, los derechos del hombre eran conceptos que desfilaban en una procesión caudalosa, sólo iluminada por los resplandores de cirio que vertían unos nombres de prestigio inmarcesible: Lacordaire, el Padre Félix, Donoso Cortés y Aparisi y Guijarro.

El Padre Nonell, estampa aragonesa, con su pañuelo de yerbas y su rapé estruendoso, solía visitar a Tía Mercedes.

«Este hombrecito marcha mal. No deja los hábitos libres que debe a su padre. ¡Qué manera de echar a perder los niños tienen estos liberalotes ingleses!» Después de un clásico estornudo y de un rezongo trivial, me echaba unas miradas sibilinas, que nunca se vistieron de bondad. La Compañía era el enigma de nuestra vida. La temíamos en el fondo, pero nuestro sobresalto nunca salía a la superficie. Pedro Wilshaw, muchacho listo del puerto, prestó un día el libro que atormentaría un ánimo: *Sebastián Roch* de Mirbeau. Este contrabando, cuya clandestinidad provocó más tarde la salida de su autor, fué demoliendo muchos cimientos de convicción entre el aborregado mundo estudiantil.

Los juegos y deportes liberaban los ánimos. Juegos simples y que tampoco se escapaban a la inquisición rasurante. Bolitas y trompos bailaban bajo miradas escrutadoras y su deleite se desleía un poco ante tanto cuidado.

La confesión solía entrar en un mundo turbio y sedicioso. El Padre Nonell se iba metiendo, poco a poco, en ese abismo que formaba la primera erótica que obsequia la vida. En las noches alguna fricción, algún despertar brusco, sobresaltos inopinados, daban, poco a poco, la idea de que ciertas cosas de Dios eran un poco raras. Mi teología se agrandaba, pero también había chicas que se hicieron para algo.

Eso sucedió en una noche de Agosto que acotórró el dormitorio. El Hermano Inspector había descubierto ciertas cosas que no estaban bien. Sus escrúpulos estallaron y en la semana hubo un par de huecos en las rollizas filas de los niños buenos.

Si estos instintos eran obra del Señor ¿para qué neutralizarlos tanto? Y si no lo eran, ¿qué fuerza ciega nos estaba desmontando la armadura teológica? Las

confesiones tornábanse más frecuentes y un vértigo solía debilitarnos. Muchos niños palidecían. Otros comulgaban de mala fe y un día descubrimos a un sacrílego, que se tragó un panecillo de chocolate, minutos antes de recibir las Sagradas Formas.

El Padre Nonell me obsequió un día la vida del Santo Fundador. Los jesuítas de ahora parecían de broma, si los comparamos con esos varones heroicos que no visitaban beatas ricas y nunca conocieron la molicie de las cortes. El Santo era simpático, aunque le hallamos ciertos peros. Sus banderas realzaban una imagen cómica del mundo, con dos bandos o porciones: una de selectos; otra de réprobos. ¿Y el dulce Jesús, amigo de todos los pecadores, señor tierno, rabí y poeta? ¿Y ese gesto con la Adúltera y sus visajes con los Fariseos y el látigo sobre los mercaderes?

Un niño rubicundo y enanizado moralmente me dijo un día, muy serio, que los Padres no tenían sexo, porque leyó en Tertuliano que tales cosas eran frecuentes. Me agregó que sus primas—las Aldaniz—veraneaban en unas playas lejanas, montadas para gusto de hombres especiales y que había también cosas distintas, más lejos del hacinamiento de metáforas para grabar el sexto mandamiento. Contóme que en una tarde arrebolada de misterio puso sus manos entre unas piernas y unas cosas cedieron, más allá de esas longitudes, que no recordaba particularmente, pero devino un pesado sopor, que la fatiga se hizo para justificar ciertos climas morales y la repetición no era sólo un término escolar sino una cosa muy rica, que los del curso medio mejor debían ignorar.

Otro día miramos unas estampas, que escandecían vendidas por un español—Joaquín de los Ríos—, quien tenía unos librotos de Jaurés y otros sobre cuestiones sociales. Esas cosas se tocaban en el Congreso, por aquellos días, y las señoras vitoreaban a los diputados católicos, que el Padre Nonell comparaba a los Ma-

cabeos. Así también las mujeres—nos dijo en clase—reconfortaban a los defensores de la fe. Los guerreros no eran misóginos, pero, 'además, el Señor los alumbraba en determinados casos.

Las mujeres—pensaba—deben estar compuestas para deleite de hombres musculosos. En la noche soñé que tenía una espada y que derruía las murallas de una novísima Jericó. También pensé que el Espíritu Santo bajaba a aventar infieles y en la noche profunda, iluminada con hogueras altísimas, se desfloraban mujeres especiales que no usaban la etiqueta de lo prohibido. ¿Había hembras de uso guerrero que nada tenían que ver con el bullado matrimonio, recomendado por los confesores como un calmante patentado? En la mañana comulgamos y hubo chocolate con rosquillas de un pastelero, que era amigo del Padre Creixell, catalán e integrista.

Otras veces soñaba, en un soñar resplandeciente, que me casaba en la otra capilla, compungido y decrepito de solemnidad, mientras unos ángeles tocaban alguna Marcha Nupcial y el Ave María de Gounod otorgaba su postrecillo musical. Los niños engordaban, a pesar de tanta teología. Otros, los menos, vivían macerados por una ardiente constancia. San Luis Gonzaga no me entró nunca. Prefería a San Ignacio, encorajinado en su Contra Reforma. Canisio—en latín *canis* significa perro—se me aparecía como un gozque flamígero que les mordía rodillas y talones a esos puritanos, que sumieron de nostalgia a la abuela paterna y afilaron los cachos al Abuelo Tomás.

Lo cerúleo estaba contrarrestado por lo árabe de mi madre. Esos españoles de Rioja, que dieron tanto brío a los Heredia, escaladores de Cartagena que partían el trópico en tajadas de conquista.

Wilshaw me halló una vez en la calle Estado y me hizo beber unos whisky sower clandestinos y acibarados en el Salón Centenario. Vi unas chicas con pan-

torrillas donairosas, hubo cine y llegué a las nueve y media a la casa. Papá me dió con un bastón, cuya elegancia se desrostró de un golpe. La comida se enturbió de visiones y me acosté amodorrado y fiebroso. Un día vino doctor y me tendieron en una especie de lecho de operaciones, albo como la toilette del Arcángel Gabriel. Me descubrían ciertos indicios de pubertad. Me estaba metiendo por un sendero peligroso, que la reticencia de los moralistas enigmatiza con floreos académicos. Hubiera deseado ardientemente que las primas viniesen de esa lejana tierra y que una mujer embelleciera mis vigiliadas moradas.

Así como la vida nos pinta ojeras en balde, los curas y confesores debían ser como el Padre Fernando, que ganaba corazones y nos daba maní.

Tía Mercedes me soltó su deseo un día:

¡Lindito! Debías ser padre. ¿Qué mayor felicidad podías dar a tu viejecita?

Vacilé, pero mejor hubiera piloteado un barco mercante para Tierra del Fuego o me hubiese ido con Papá a una aventura científica en el Altiplano.

La tía me dió mucho dinero y compré libros y estampas. Me leí entero a Spencer, que colmaba los estantes. Papá, que soñaba entonces con desmochar mi teología, me entregó a Draper y a Huxley. Papá escribía como este último. Fué su alumno en Inglaterra y estaba averiguando unas relaciones entre insectos. El sabio Porter se entraba por casa y oía palabras que no se me olvidarán ya: evolución filogenética del hombre, antropoide y estaciones paleolíticas.

La madurez no llega y esperarla es un sueño vano de ilusos. Sin embargo, paseaba en mí una vaguedad de emoción que presentía de antes. Estos trajes que compré con parte del dinero prodigado por Tía Mercedes, me causaron una impresión de conquista. El sexo rige todo el tocado de ambos lotes humanos. El hombre se arregla para mover a la hembra y ésta para

voltear al primero en su altar, donde la puso Jehovah cuando con la hoja de parra empieza a meter enredos en la vida de los pueblos. Helena en su Troya, Judith en el campamento de Holofernes, Essex en las cámaras de Isabel, Lady Hamilton en el sueño que precedió a Trafalgar y los espadones que encendían a Isabel II, forman sólo parte del enredo y laberinto que dibujan tales mujeres. La historia es un exceso de relaciones peligrosas y no concebiría una vida novelesca sin tumultos sexuales y prodigiosas poluciones que superan al hombre. Eterno femenino es un reverso del demonio que cita el Padre Nonell. ¿Tendría razón Tertuliano al cortarse las complicaciones en su sueño africano, más allá de todo el eufemismo de la teología, sin enredo, laxitud, ni escrúpulos de Estilita que hace quites a los inevitable en una columna de zarzuela? Fué entre tanto sueño, agavillado de experiencia mórbida, cuando saltó Gaby, la frutal comprobadora de que la teología se humaniza en los adolescentes. Su drama nos enreda en sobresaltos y si se quitaran estos tal vez sería como comer huevos sin sal, porque es un dulce deleite el de tener cargados con pecadillos los zurriones que escruta el confesor. El Padre Nonell nos habló siempre de las ventajas del matrimonio y de la «pureza». ¿Por qué la «pureza» se desgarrá toda vez más acá de este cercado propio y ajeno y no hay nunca impureza en los tálamos benditos? ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué manera de complicarse! Santo Tomás, Suárez y Leibnitz se mezclaban durante el curso superior de filosofía con estas evocaciones profanas y con los cigarrillos rubios. Conocí a las Aldaniz en un intervalo de Viña. Los niños, ya no tan inocentes, las aludían con obscena malicia. Un día me trompeó un pariente que pasaba cuando las comentábamos con picor de adolescentes viciosos. ¿Y los otros, de la mosca muerta o sea la Congregación dulzarrona, serían lo mismo?

Recuerdo que las elecciones presidenciales nos dividían en dos bandos, porque lo primordial no separaba aún los pareceres. Ambos candidatos simulaban su religiosidad. En ese Chile viejo se visitaba al Señor Arzobispo para fingirle adhesión y no sobresaltar a la Santa Madre Iglesia. En estas elecciones cogí una pedrada, porque los liberales desfilaron frente al Santo Cristo de la Catedral y rompieron sus fanalillos. Los policías cargaron, con los sables desenvainados y los jóvenes liberales se dieron a la fuga, entre vítores a la Alianza. Ese año, el fruto de la vida se dió sabroso cuando pasó la herida y sólo quedaban unos tafetanes en esta cabeza que se desmoronaba de pensamientos trascendentales. Gaby surgió en Viña. Wilshaw siguió siendo mi amigo. Nos prestigiaban su figura, sus trajes claros, su automóvil amplio como un boudoir, su gesto displicente en el tennis y una querida oculta que tenía en la subida de El Barón. Un día todos los veraneantes de la playa de juguete lo vieron pasar con la morocha, mientras se subrayaba la indignación en la cara de las señoras que tomaban el aperitivo y rajaban la piel de las ausentes. Wilshaw pierde el alma de ese infeliz—decía el Padre Nonell. La costumbre hacía que lo tolerásemos, pero Tía se dolía de ver su trabajo en guisa de naufragio. Gaby tenía dos o tres años más que yo. Había perdido a sus padres y habitaba una casa clara, con sello inglés, en la calle Traslaviña. El Papá prolongó mi veraneo, porque la dispepsia de mi madre y otras complicaciones selectas, que se sacan para este tiempo, justificaban muy distinguidamente la temporada en Viña.

Tía Mercedes se extinguía en su fundo del norte, donde solían ir los capellanes del contorno y se decían novenas al Niño Dios de Sotaquí, a Nuestra Señora de Andacollo y a una virgen que fué traída por don Fernando de Heredia, escalador de villas muradas y modelador de fundaciones coloniales. La ciática y,

más tarde, el cáncer empujaban ese destino gallardo, que puso algo de su bizarría en mí. Mezcla de fanatismo y de valor, en su religiosidad hubo siempre un hueco magnífico para esconder ímpetus y rampar, en último tiempo, por entre las severidades de los jesuítas. Así debió ser Felipe II, que con todo su hervor religioso metió camorra al Papa y sabía lavar con agua bendita muchos atropellos a los señores Pontífices. En todos los Heredia hubo una cosa muy ardiente y mixta, donde se cruzaban estocadas flamencas y sumisiones monásticas. Salieron de ahí monjas toledanas, espadachines corajinosos, curas abrutados y unos generales del trópico que fusilaban obispos y clérigos.

Gaby elevaba un talle airoso y unos ojos que se metían por la piel. Sus miradas escarbaron el corazón y aceleraban el ritmo de todo nuestro desdeñoso orgullo. Otras hubo que amamos más por la vista, pero ella se hizo para el dulce tacto, junto a esas playas nocturnas, donde la luna se demora en salir del sopor veranero, porque está poniéndose complaciente cuando queda en juego con astros enloquecidos de noche pesada.

Gaby no pudo ayuntar conmigo su primer amor. Tenía el alma fatigada de otros amigos. Nunca sentí celos de semejantes cosas primigenias y creo, ahora reviviendo su fina silueta, que tal experiencia sirvióme en la vida. Gaby se sentaba ante un piano melancólico, que sacaba notas por la calle y cubría de ensueño la estancia. Cantaba unas canciones francesas, de ritmo lento y ponía los ojos algo entornados al hacerlo. Juntaba su rostro al mío y me embriagaba con suavidad. Sus dos limones subrayaban la blusa de seda y sentía golosamente un clima nuevo que seducía, con redes inéditas, con pinturas fantasmales, con soberanos deslizamientos, unidos a un insensible irse del tiempo. Mamá notaba que el adolescente navegaba en el vacío y mis ojos se empurpuraban, faltos del sueño.

¿A qué dormir si tenía el sueño en esa calle saudadosa, esmaltada de jardines, junto a un cerro que sólo turbaban militares y las criadas, que también amaban a unos hombrecillos venidos de otra parte?

Gaby disfrutaba la lectura y poseía una voz deliciosa, que hacía borrar, poco a poco, el recuerdo de las aulas jesuíticas. ¿No era mejor esta muchacha musculosa, atlética y deportiva, que la fémina fuerte de Landriot, figura convencional de los Padres? ¿Qué fortaleza mejor había: la de resistir o la de entregarse de un modo normal, tan tranquilo, tan definitivo? Recuerdo también esos sueños en común; esos sueños, tapizados de felicidad, tan comunes como el dormir con la muerte o con su hermana, que nos puso bruma de sobresalto: la teología. Dormir en común es una parte de la juventud, algo de su ardiente secreto. Los años, junto con rasurar de encanto al amor, standardizan su intensidad y acaban por podar su deleite verdadero.

El encanto de la entrega, el cálido mensaje de los primeros besos, el impulso que nos sacaba de los brazos mortales de la sombra.

Una alegría nueva, palpitadora y fina, pulía nuestro cuerpo y aligeraba el corazón.

Valparaíso sedujo mejor al adolescente. Prefería su clara alegría, de las zonas veraneras, sus mujeres ligerísimas, con piernas estilizadas de ascensión. Cada cerro marcaba una latitud distinta. Unos alegres y blandiendo un cordialismo europeo; otros mugrosos y elevados, con ascensores que trepan con angustia. Las lavanderas clavaban sus banderolas de nieve y todo el contorno flameaba con gallardetes de intimidad. Camisolas, sábanas y fundas colgaban, con albuza de caperuza montañera. Los navíos empena-

chaban la bahía. Era un placer distinto, con horizontes y una saludable sugestión de lejanía, el que colonizaba esas noches del puerto.

Gaby visitaba a una amiga que vivía en un cerro llamado de Los Placeres. Este nombre se quedó en mí como un tatuaje de amor. En una calle aldeana vivía Ester Watson. Sus padres, ingleses, le estamparon ese candor que no se asusta y ese alborozo con todo. Tomábamos té con pastelillos y conocimos a una abigarrada concurrencia de muchachas que se fugaban a dancings y cinemas. Eran curiosos los *parties* de placer, donde lo promíscuo disuélvese por el común denominador de ingenuidad grandota y pesada de estos británicos. Todos los hijos de ingleses, que desbrozó Mackay, me hicieron comprender que entre mi educación y la de ellos medraba una latitud inmensa.

Valparaíso es como un país diverso, que arrojó el acaso entre complicaciones labradas por la vida chilena. Una galería de mujeres trabajadas de hastío, que entonces leían y fumaban, fué surgiendo como revelación de un mundo distante. Ese tren lento que conducía a Santiago se parecía a un transiberiano que saca del coloniaje y conduce a otra existencia. Por aquel tiempo tenía aficiones literarias primerizas, que conoció antes el colegio en un semanario—*El Gato de Nueve Colas*—donde flagelaba al Padre Nonell. Todo este instinto se aviva en el puerto, donde trato a María Antonieta Lefrevre, a una chica González y a menudas mujeres desprejuiciadas, que vientos diversos botaron después por adustas playas.

La casita de Ester Watson era coqueta, blancueta, y sus paredes lisas, sin decorados capitolinos, se poblaban con estampas que vendió Collins, viejo librero alegrador de navidades escocesas.

Deambulé mucho por cerros que nutrían sensaciones muy encontradas. En uno sentí que Escocia desbordaba su corpulencia. La Unión Church y el Sal-

vation Army montaban covachuelas para pobres y un resplandor de himnos evangélicos brota en esas colinas de fracasados. El Deán Priston sacaba una vocecilla de gozque con catarro y me contó asuntos pintorescos de las Islas Malvinas, donde había toda una colonia de casas blancas, carneros como elefantes y ballenas de verdad, en el mar antes sobresaltado por los cruceros de combate de Von Spee.

En el Cerro Alegre burbujeaba una existencia olorosa a confort, a casas lindas y a plum pudding. Fué entonces cuando prendí para siempre a Madame de Beaumont, casada con un profesor del Colegio Mackay, al alegre viejo Gilbert y a Johny Forbisher. Este último había heredado al viejecito vendedor de paños y supo disipar con premura todo el caudalejo que éste apañó colocando telas inglesas. La vida del puerto me sabía mejor que Viña, con su simulación elegante y su cosilla pesada de un Santiago, que está colocado en extracto, junto con las esencias equívocas traídas de la capital. El Hotel Francia y el Gran Hotel se animaban con modelos vivos, con muestrarios de traje, con exposiciones veraniegas, con perritos lindos, que se acollaraban silenciosamente, mirando con desprecio a los canecillos del criollaje. Esas calles embalsamadas de Viña, que con todo quiero, sabían a escándalo, estremecidas de voces femeninas y sacadas de su letargo por ladridos de claxons. La Iglesia Mayor Católica retumbaba alegre también con su misa de ricos y los sermones famosos del Señor Pérez. El Señor Pérez es un cura especial para la mundanidad, pero eriza de condenas su voz meliflua, que se estira en delgadas inflexiones y sugiere, a veces, la idea de que está haciendo bromas con el Evangelio.

Viña del Mar era la envidia de otros compañeros empobrecidos o de los que no podían derrochar. La capital se desbordaba en sus callejas límpidas, en su Club alegre, en sus partidas de sociedad y en las pla-

yas que el invierno marca con salivazos de océano. Las alegres casetas y las pintarrajeadas verjas saltaban a mucha distancia, y siempre hubo un casco negro que recordaba las impaciencias del Pacífico, más allá del Recreo.

Los tranvías eran largos como la esperanza y sonaban de un modo único, a la manera de barcos que sacan a la gente a cambiar de aire, a convalecer. Pero de Viña se soltaban los bríos a medida que escalábamos los cerros del puerto. Algo menos puntilloso, más libre, como un escape natural de tanto gesto superfluo, de tanto saludo estilizado, de tanta complacencia sudorosa al ritmo mecánico de esas gentes acaudaladas y que sentían la nostalgia de pergaminos, que solía fabricar Fernández, u otros señores de lentes, sacudidores de las polillas de la Real Audiencia o el Archivo de Escribanos.

Gaby me enseñó muchas diversiones que costaban menos y me ayudaba a buscar libros viejos en la Avenida Francia. Ibamos a un cine, que se familiarizó con nuestros besos y se recataba en un rinconcillo donde no había hijos de rico. Otras veces llegábamos hasta las Torpederas, donde la mesocracia revuelve la trepidación sorda de su alegría criolla, con cadetes navales y otros militares, escapados de la broma que enseñan profesores alemanes para fingir maniobras de guerra (pura filfa) y devorar racioncillas del presupuesto.

El Cerro Alegre no lo era tanto, pero, sin embargo, no sabía del todo a la pesadez anglosajona. Cuando mi tía Ethel, protestante, me quiso enseñar el respeto debido a Kitchener, a French y a Lord Roberts, solía acordarme que, en el ápice del espíritu, había un rescoldillo irreverente por todo lo que predicaba el Deán Priston y otros pastores, que miré mejor en los instantes del Arbol de Pascua.

Gaby me dijo un día, para probarme, si no me entusiasmaba con la prima, que al fin llegó y que unas

parientes enseñaron a contenerse dentro de un convento de monjas francesas. Le contesté que sólo había curiosidad, porque antes, pero mucho antes, hablamos de amor y me dijo que no le displacería un novio tal como un retratito que me tomaron, donde resplandecía de perfección militar, con una corneta y un sable rutilador y un uniforme inglés caki, como los usaron los Tommies durante la guerra grande.

El amor llega, no obstante nuestros pensamientos ligeros, y lo confuso de esa hora lo anima de sobresalto. Gaby fué para mí la emoción más directa y más simple a la vez. Más tarde sentí el regusto de ella y la ví reanimando a otros cuerpos que no me decían tanto. ¿Sería por el halo metafísico que tuvo o por un sabor de besos que se encuentran sólo en el despertar a la vida o en hembras melancolizadas y especiales que lo aguardan en el crepúsculo? Hembras primordiales de la iniciación y hembras definitivas y crepusculares son los únicos puntales que dan la nítida perfección en el deleite. Los amores escrupulosos también saben a ámbar, con mezcla de incienso, porque en este último se saborea mejor el pecado y las llamas de la condenación arden más lentas y pesadas. Gaby envolvía a todo eso y algo más, junto con la eufonía de su nombre y un sistema propio de decir las cosas sin rubor ni cinismo, de un modo historiado y lento, que no tenía por qué no dejarme clavado de emoción o suspenderme por horas en espacios altísimos de subconsciente.

Ester Watson nos atisbaba con sus ojos azules, donde se escondía un fulgor marino y nada parecía pensar del rumbo de tales relaciones. Muchas veces sospeché cosas endemoniadas y aun me pareció que debajo de su relativa indiferencia sólo había cinismo de hembra que ha frecuentado más de alguno. No obstante, en estas semi inglesas de los cerros, el pudor es una funda para asistir en el Domingo a la Unión Church, cuando el anciano Macqueen, casi centenario, iba con galera

y leva a rezar los oficios y cuando, a la salida, se reconocían aún los pocos sobrevivientes, verdaderos «Old Timers», ingleses antañones que vieron navíos volteados por el rumoroso mar donde está hoy la Plaza Pinto. Todavía alentaba un viejecito que conoció esa madrugada trágica, con redobles de tambor y sones marciales, secas descargas y abscóndita sugestión mortal, en que fueron fusilados el traidor Vidaurre con Florín y otros, en un sitio arrancado al océano.

Valparaíso, con sus mezclas de razas y religiones, sus bares descomunales, el «Café del Pacífico» y otros chiquitos, que suspenden linternas avizoras en los contrafuertes de los cerros. También degusté cerveza de marineros y el seco gin legítimo con whiskies innúmeros en esas tabernuchas que no se borran. Otras chilenas, que se abren como grietas en los subterráneos del puerto. Hundidas, con angustia oscura, vomitan marineros ebrios, interjecciones criollas y blasfemias de contrabandistas. En una había un letrero donairoso: «El Canario Navegante»; otra se llamaba «El Terrible Gil»; la de más allá, «El Doce de Febrero»; también sucedíanse rótulos como estos: «La Aconcagüina»; «El Comodoro» y «La Mahonesa». Evocaban crudos nombres de veleros mercantes, bautizos marinos improvisados entre polvorazos y degüellos, ecos de edades difuntas y el instinto sordo, secreto y vencedor del mar. Me perdía, como sobreviviente de una raza navegante, en esos bares, donde mujeres asquerosas y botellas polvorientas hacían compañía a taberneros enronquecidos y a maleantes de latitud divergente.

Con Gaby anímase la interior alegría en cerros muy distantes, en paseos y plazas, y un día alquilamos una barca para remontar hasta cerca de Concón. Mis días de entonces se alargan hoy en el recuerdo. Son el escape libre de la adolescencia a una pubertad pulida de iniciación y derrocadora de soledades traidoras.

Valparaíso era una antena de Europa colocada en esta tierra larga y hosca. Sus mensajes venían en la púrpura de las chimeneas mercantes, en las pastas de los libros ingleses comprados a Paton, en los acorazados tardíos que teñían de guerra al puerto y en esas encontradas estampas de lejanía que esculpían los veleros.

Ester Watson, sin misterio ni alegría, me dijo que se casaría con John Mac Allister, el escocés dos veces millonario. Conocí bastante a este producto degenerado de Oxford, donde perdió el protestantismo en un oleaje de nuevo rico que frecuentaba a los señoritos parisienses, «pèle melè» de Acción Francesa y de Henri Massis y los americanos catolizantes que dirigía en lo espiritual el Padre Martindale, hermano agudo del Reverendo Edgardo Nonell, Societatis Jesu.

Mac Allister era largo, delgado y su rostro tenía un poco la dureza de los escoceses, con su avaricia y su esplendidez súbita y desorbitada, que es un intervalo de sordidez a su manera. Por su voz salía de todo en ringleras ora nerviosas, ora mecánicas: la teología mal digerida, las citas de nuevos autores franceses: Claudel, Ghéon, Massis y Montherlant; los escrúpulos de su padre, protestante decidido y venerable, junto con las incoherencias neurasténicas de la madre, diletante, pintora y literata amanerada en ratos de ocio. Mac Allister bebía con solemnidad de rito toda clase de alcoholes. Su mente, su corazón, su memoria, su propio monólogo turbio estaban alcoholados. Dejaba caer las palabras como hojas desprendidas de libros que bebió, mejor que leyó, en un estado de pesadez alcohólica. Su borrachera erraba por puertos y sabía canciones y nombres de mujeres y de escultores lejanos. Divagaba sobre música, pero tenía más apego a su vicio que a otros instintos, que un médico advirtió. Nunca las mujeres enervaron tal voluntad alcohólica, con cimeras de ensueño y burdas incoherencias de emigrante no desbastado. El escocés es miope inte-

lectualmente. Toda su historia medioeval forma un sucederse de comilonas entre barones, asesinatos entre reyes y príncipes, nobles y cortesanos, por derechos de sucesión a un trono pastoril. De todo ello había en Mac Allister una nobleza extraña, alta y punteada de escrúpulos y sobresaltadas fierezas de un catolicismo nuevo y brumoso. La castidad pulió su cuerpo, sin que los licores lo abotargaran ni hicieran adiposo su vientre, bodega de bebedizos absurdos.

Ester Watson conservó el secreto de su corazón y dijo que sí por uno de esos casos de aburrimiento o desconsuelo frecuentes en las mujeres que trabaja el hastío o la curiosidad sexual. El matrimonio que predicán los pastores pule de costumbre los oídos y deviene en una necesidad que asalta de repente.

Fuí a la boda, que tuvo de sorpresivo y de inaudito. Hubo dudas puntillosas porque ella se educó en el protestantismo y todos los amigos de su madre (el padre feneció), eran anglicanos. Mac Allister no quiso ceder y entonces sobrevino una boda civil previa, que tuvo la virtud de soliviantar los escrúpulos del cura Mac Nab, amigo de Mac Allister, quien aconsejaba intentar la conversión de la tozuda escocesa. El Presbítero Mac Nab, irlandés y pecoso, hacía de sota cura católico en el Cerro Alegre, cuya iglesia romana (según los disidentes) levantaba una provocación en el hostil coto de los reformados. En Valparaíso abundaban estos pleitos religiosos, propios de la promiscuidad reinante en la recepción de los Sacramentos. El Arzobispo Casanova, cuando fué Cura del Espíritu Santo, batalló como un cruzado contra las logias inglesas y los «canutos», derivación pintoresca que se formó con el apellido de un pastor Canut de Bon, introductor del protestantismo entre los pacíficos rebaños católicos. Un día Ester Watson cedió y hubo una boda nocturna que la une ante Dios, cuya delegación tuvo ese día Herbert Mac Nab, cuyas pecas ardían en la cara agu-

dísima y cuyos hábitos haldudos se agitaban a compás de sus nervios rabiosos. La boda fué un poco fúnebre y Madame de Beaumont fué madrina. Asistió Gaby y un cotarro escaso de amigos protestantes, mucho más tozudos que los católicos en estas riñas de creencias.

La cena fué sombría y puntiaguda de cortesía en un comienzo. El cura temía herir la susceptibilidad exacerbada de sus vecinos «canutos» y los protestantes tenían la sensación de pisar en falso. Los platos selectos y las copiosas libaciones empujaron algo esta distancia en un abrazo de vecindad. El Cura Mac Nab, sudoroso y olímpico, dijo unas frases pensadas y finas en que sugirió tan sólo aquéllas cosas que entre puros feligreses lo habrían inflamado de ardor apostólico.

Ester Watson, pálida y concentrada, no podía ocultar sus nervios. ¿Qué secreta caída, qué pobreza vergonzante, qué espíritu de sacrificio o qué historia cruel pulía de angustia su rostro y la lleva a este indudable holocausto? La señora Watson rutilaba de satisfacción, envuelta en un horrible traje sastre, en una de esas indefinibles vestiduras de cocinera o institutriz que se ponen las inglesas y que, no obstante, sacan de sus *Weldon's Magazine* o del *Lady's Home Journal*.

El novio bebió como en sus mejores días y nos salpicó de incoherencia y de alegrías súbitas de dipsómano trascendental.

Esa noche dormí en Valparaíso. En la mañana siguiente hubo la despedida y un saco de arroz se vertió en homenaje de los novios disímiles. Los novios partieron para Buenos Aires y desde ahí hacia Europa. Mac Allister volverá a tener un sitio en estas páginas y Ester Watson murió un día de un mal misterioso, de una enfermedad incontenible, que dejó viudo a este hombre de los millones. Oí muchas versiones de tal muerte, pero algunos dijeron que la vida alcoholada de Mac Allister y la enfermedad de Ester obligaron

a ambos a viajar con un médico. Este se habría enamorado de la inglesa y un día la asesinó, en vista de que su extraño pudor puritano no la hizo ceder, no obstante el abandono evidente de Mac Allister.

Los recuerdos que forman la trama de mi rescate al tiempo dicen aún algo de esa temporada, en que sucediéronse tantos saltos en mi vida. El amor rompe su capullo; la religión se humanizó al contacto de la existencia; la mujer sobresalta mis noches y desgarras las mejores porciones de mi corazón.

Junto con el regreso a la capital, se apaga el fervor que Gaby tuvo hacia mí. Un hombre más fuerte, tal vez más experimentado, la condujo a poner ceniza donde alentó tanta ternura. Mis estudios alejaron su sombra familiar; la vida de los libros volvió a tentarme. Fueron días sencillos y plenos en que sentí la sensación de haber roto las amarras de una etapa vital. Hoy día veo un montón de sombras, familiares en el tiempo. Una mujer nueva que entona una sensibilidad, otra enigmática y tal vez ardorosa que se muere envenenada misteriosamente en un sanatorio suizo; una adolescencia que dejamos, como vestidura vieja, junto con los primeros escrúpulos depositados por la educación férrea del Padre Nonell. A éste lo encontré también de nuevo, en un día de arrepentimiento, cuando comulgué en la Iglesia barroca del Salvador y deposité junto con mis culpas una rosa de sobresalto que se pasó a su cara. El Padre Nonell, desde hacía tiempo, se inhumanizaba más y los cilicios se tornaban evidentes detrás de su vestidura trágica. Un día lo hallaron muerto, como un buho cansado de peregrinar. Estaba muy tieso, muy largo, en su cama de fierro. En la cara el ascetismo había trabajado túneles y surcos de abatimiento. Se pudrió muy pronto y su olor fué como un desconsuelo más que se añadió al acíbar de un amor disipado. Acababa las humanidades y con ellas sólo me encenizé de prejuicios, de con-

fusas nociones y de unos nombrecillos clásicos, que bailan en la memoria como duendes.

La gracia no golpeaba en este corazón rebelde. Las comuniones y la asistencia al mes de María no borra- ban tampoco ese regusto del pecado. Era todo inútil, todo inútil. Leí a San Alfonso María de Ligorio, al Pa- dre Eymieu y su *Guía de nerviosos y escrupulosos*.

Trataba de rezar, pero las imágenes más antagóni- cas asaltaban al cerebro ensoporado de pasión lejana de familiares evocaciones. Un día me llegó un cablegra- ma conciso: «Tía Mercedes enferma de cuidado. Te espera ver en sus últimos días».

Me embarqué en un vapor de la «Pacific Steam Na- vigation Company». Veinticuatro horas después me hallé ante la limpia paz de esa ciudad, con diez y ocho torres y una campiña mirífica, donde pasarán meses de angustia, al lado del cáncer, sin tener cuidado ni sen- tir su miedo. Tía Mercedes estaba muy grave. Su ros- tro se acababa, sus manos eran sarmientos que apenas subraya la vida. Su mirada cansina se hundía en un mundo ingrátido, donde los ángeles, los serafines y la Virgen del Rosario formaban un coro inaudible. Pero Tía Mercedes tuvo su historia—vida fué la suya muy rica y fecunda—, cuyo giro merece un recuerdo tam- bién.

Tía Mercedes estaba encadenada con siete cadenas al pasado. El presente sólo vivía para ella con relación a lo que significa en su derivación de otro tiempo. «Entonces» era un término predilecto de su habla rica y castiza. La época en que nace se graba para siempre en su corazón y una invencible repugnancia acompaña sus actos con relación a los días en que, vencida de los recuerdos y pesadillas, entrega su cuerpo a esta tierra que nunca amó. Tía Mercedes y el Padre Nonell for- man dos estampas de la galería familiar: una angulosa y fiera; la otra santificada por un amor que sólo yo conocí, porque todas sus raíces profanas las secó el

ascetismo católico. Tía Mercedes pasó a mí algo de su ser. Le debo una doble y violenta maternidad; la espiritual, que enraíza mejor y se siente más en el rescoldo de mi corazón. El año de 1918, junto con el armisticio de la guerra grande, comienza la etapa de mi ser que me pone de nuevo en contacto con tan extraña alma, hecha de diamantinas durezas y de bondades sobre-humanas. En ella se junta el sustituto de una maternidad fallida y el nervio de acero de un masculinismo frustrado. Año de 1918, convivido en un ambiente embalsamado de claveles, de floripondios y de dulces árboles norteros.